

Aguas salobres.

Anastasio Rojo Vega.

A cada rato nos informan de que la de este año es la sequía más fuerte padecida por la península ibérica desde hace sesenta años. Para mí no es la de este año, sino la del tercer año seco consecutivo. Creía que con las grandes nevadas del invierno las cosas se habrían arreglado, pero no, los manantiales siguen empeñados en no echar ni una gota de agua. ¿Será verdad que hemos comenzado un ciclo seco? ¿Cómo las vacas gordas y las vacas flacas?. Pues aviados estamos, que según el Diccionario de la Lengua significa estar preparados para el camino pero que yo siempre he oído utilizar, desde niño, por ¡pues lo tenemos claro!, o semejante.

El domingo pasado estuve cogiendo hierbas por un arroyo del páramo que en los años generosos se engolfa en charcas y rebosaderos, un lugar donde los lirios españoles – el *Iris xiphium*, el habitual de color azulado es el *Iris germanica* y el otro frecuente, el amarillo, el *Iris pseudacorus* – abundan, delicados, mezclados con ranúnculos de un amarillo aporcelanado y brillante, y me llevé la alegría de ver alguna pequeña bandada de pececillos que corría a esconderse bajo las berras; quizás alevines de carpa, hace años que por allí no se veían ni ranas, será que los pueblos comienzan a poner depuradoras o que los labradores están dejando de tirar los frascos y los paquetes vacíos de herbicidas y plaguicidas a los regueros.

La vida vuelve en cuanto se la deja en paz y lo que también me está llamando la atención este año es el número de conejos, hay conejos por todas partes, en algunas, orillas del Pisuerga a la altura de Valoria la Buena, como en los viejos tiempos. También he visto un corzo, macho, a la orilla del Cega, entre Viana y Puente Duero, dejando pasar el calor del día bajo un fresno. Estoy acostumbrado a topármelos a cada paso en Valdelateja, pero en Valladolid es la primera vez en mi vida que he tenido semejante encuentro.

Y eso que falta agua. Los lirios hispanos estaban floridos pero un poco quemados, el suelo cuarteado, en quince días no quedará ni rastro del lugar que fotografié.

Falta agua porque no llueve y porque las máquinas han acabado con los antiguos labajos, poniendo todo el terreno al servicio de la remolacha y de la cebada. Aquellas lagunas someras que recogían las aguas de las lluvias de otoño y primavera donde los terrenos eran impermeables, que aparecían y desaparecían, aumentaban y se achicaban según la cuantía de las precipitaciones, han desaparecido y no por la sequía. Las hemos hecho desaparecer para obtener de sus malos suelos un poco más de cereal. En otros lugares las han convertido en pesquerías, en puntos de pesca familiar que cada fin de semana mueven un interesante turismo.

Aguas salobres y amargas que fueron objeto de explotación, en los siglos XVI y XVII, cuando funcionaban los estancos de la Administración de las Salinas de Castilla la Vieja, y a partir de mediados del siglo XIX por parte de empresas privadas.

Es un aspecto poco conocido de explotación de recursos naturales en la cuenca del Duero. Algunos negociantes solicitaron en 1852 y 1853 concesiones de explotación de labajos en términos de Gomeznarro, San Vicente del Palacio, Medina del Campo, Olmedo, Aldeamayor, Laguna de Duero y Nava, pero se encontraron con la oposición de los dueños de los terrenos, quienes por sentencia de 1861 consiguieron ver anulados los permisos.

Sin embargo en 1870 la sal pasó del monopolio del Estado, como lo había sido hasta entonces, al comercio libre y nuevamente surgieron empresarios que barruntaron posibilidades de negocio en los labajos vallisoletanos, siendo la primera concesión obtenida y puesta en explotación la llamada Santa Isabel, junto a la ermita de la Virgen de las Salinas, en Medina del Campo.

Se construyeron allí dos balsas revestidas de cemento Portland, lo último de lo último de aquellos tiempos y más en un mundo agrícola como el castellano, de diez metros de largo por cuatro de ancho y veinte centímetros de profundidad, que cada sesenta días y con la ayuda de seis obreros producían dos toneladas de cloruro sódico cada una, un poco amargo por estar mezclado, decían los peritos, con una punta de sulfato de sosa.

Los cuarenta quintales de sal producidos en el año 1871 por la Santa Isabel se convirtieron en setecientos en 1872 y las dos balsas se multiplicaron hasta sesenta, con una superficie de evaporación de cuarenta metros cuadrados cada una. Los resultados invitaron a otros a querer imitarla y así nacieron tres nuevas concesiones nombradas El Porvenir, La Esperanza y La Fraternidad.

Nombres rimbombantes, modernos y sonoros, como el de otra concesión inaugurada en la laguna de Laguna de Duero, El Portento, dedicada en su caso, según declararon, a la obtención de sulfato de sosa sobre una extensión de cincuenta y tres hectáreas. Los químicos vallisoletanos habían analizado el agua de la laguna que daba nombre al pueblo y habían informado que llevaba dicha sal disuelta en cantidades explotables.

Desgraciadamente la explotación de las salinas duró poco por la simple razón de que se fueron acabando las aguas salobres. El drama fue que cuanto más sal se sacaba, más dulces se volvían las aguas de los labajos, que acabaron siendo lagunas prácticamente desalinizadas. En 1874 solamente seguían productivas en Medina la Santa Isabel, cuatrocientos cinco quintales anuales, y La Fraternidad, doscientos quintales. En 1876 puede decirse que se acabó la industria, tanto la medinense como la de sulfato de sosa de Laguna de Duero, por haber resultado el obtenido de muy mala calidad.

Una industria que en su mejor año produjo sales por valor de doce mil pesetas – estamos en la década de los setenta del siglo XIX - y empleó a setenta personas y que, tras lo que dura un suspiro histórico, fue devuelta a los peces y a los patos. Luego desaparecieron también las aguas, los peces y los patos. A mí me gustaría volver a ver labajos, aunque fuesen de aguas que no has de beber.